



EL ÚLTIMO ABENCERRAJE.

## LA GRAN MURALLA DE LA CHINA.

I.

El gobierno chino está en la creencia de que posee la supremacía sobre todos los demás conocidos: así que, toda transacción por su parte es una condescendencia, una gracia. Sus grandes progresos en la arquitectura hidráulica lo acreditan sus numerosos canales que conducen las aguas sobre las alturas. Aunque se dedican mucho al dibujo, música, pintura y escultura, en verdad hace mas de cien años que á juzgar por lo que nos mandan por aquí, nada han adelantado en esas artes liberales: sus campos estan muy bien cultivados, y tienen un modo de fabricar el azúcar mas sencillo que en América. Algunas frutas europeas no crecen allí; pero en cambio poseen otras de que nosotros carecemos, como v. gr. la Séé-chée, y la Lée-chée, etc. El arbusto que cria el *thé* crece como una planta comun, sembrado al acaso aquí y allí; con todo, no dejan de cultivarla asaz regularmente sobre las colinas y en país montuoso: los terrenos hondos y pantanosos son destinados para arrozales. Artículos de esportacion considerable son el ruibarbo y el *gen-seng*.

Es sabida la superioridad de su porcelana ó loza de China; los ingleses la imitan admirablemente, y hay opiniones de que la que se fabrica en Sévres (dos leguas de París) no desmerece nada de la de China. Los chinos fabrican vaporosas gasas lisas y rameadas; hay una gran abundancia de sedas y algodones: ambas telas son famosas allí por su duracion y lo mucho que abrigan á pesar de su estremada ligereza.

El *genio ó espíritu* del fuego es la principal divinidad adorada de los chinos. Lo que es de admirar en la China es un canal de 180 leguas de largo, pasando por debajo de montañas, dentro de los valles y á través de rios y lagos. Los caminos son sumamente estrechos, y los principales medios de comunicacion son por agua. No se ve ningun erial, y la tierra de labranza nunca reposa. Los jardines chinoscos son obras maestras de arte, de simetria y de proporcion; la tierra da dos cosechas al año; se emplea poca gente en las manufacturas, y mucha en la agricultura; y fuera de los actos del servicio hasta los mismos soldados se entregan á ella.

Suponen que su poblacion asciende al número de 198.214.355 habitantes; pero se achaca á la política y orgullo nacionales la exageracion de dicho cálculo. No obstante, no podemos desconocer que no existe país alguno que esté ni mas poblado ni mas cultivado: diez chinos viven cómodamente en donde un español se encontraría

15 DE OCTUBRE DE 1854.



con estrechez. La cuarta parte de esa inmensa población vive y muere sobre el agua; aun los montes más áridos y escarpados producen los frutos del trabajo y de la industria de aquellos naturales; se ven jardines enteros flotando sobre la superficie de los ríos, que poseen abundantísima pesca. Divídese el imperio en 16 provincias, conteniendo 133 ciudades de primer orden, 1312 de segundo, y 2537 de tercero; y por un cálculo más prudente é imparcial que el anterior, poseen unos 130.000.000 de habitantes. Aquellos naturales miran con desafecto á los extranjeros; no tienen mendigos, y toman grandes precauciones contra el hambre; no hay religión del Estado; es un pueblo en extremo supersticioso, y cree en la metempsicosis.

El emperador (Celeste) á quien adoran, ante quien se prosternan, da cada año el ejemplo de la agricultura, labrando en persona la tierra por la primavera: tienen por deshonor la falta de hijos, y los que no los tienen suyos adoptan otros; los castigos para los delitos son comúnmente las multas, el encarcelamiento, los azotes y el destierro á Tartaria; pero para castigar con la muerte es preciso haber delinquido contra el estado ó el emperador, ó haber derramado sangre: entre los suplicios que dan la muerte, el de la cuerda es el menos deshonoroso; la pérdida de una parte del cuerpo la tienen por infamia: el castigo de un hijo en la China puede hacerle pedir el suplicio destinado al padre.

Las rentas públicas de la China ascienden al año aproximadamente á 200 millones de onzas de plata. El ejército se compone de un millón de soldados de infantería y ochocientos mil hombres de caballería.

En fin, la China (Sina), ese grande imperio del Asia, confina al N. por la Tartaria, y una muralla de piedra de 500 leguas! Confina al E. por el mar Pacífico que la separa de América; al S. por el mar de la China, en Tonkin, y la Cochinchina; y al O. E. por la Tartaria, los montes del Thibeto, y de la Rusia. Su longitud de N. á S. es de 520 leguas, y su anchura de E. á O. E. de 420, sin comprender la Tartaria chinesca.

## II.

Volviendo ahora á la gran muralla de la China, esa portentosa obra de la humana industria justamente reputada por una de las ocho maravillas del mundo, hé aquí el relato que me hizo con referencia á la misma un amigo mío á quien favoreció la suerte en cierto viaje, proporcionándole la rara ocasión de visitar parte de ella.

Esta muralla confina al E. en la playa del golfo de Leotong, sobre 120 millas al N. de Peiho, 40° 4' N. de latitud, y 120° 2' de longitud.

Vista desde el mar dicha muralla, parece terminar en una fortaleza de 500 varas de estension con una anchurosa puerta en su fachada del Sur, á cuyo lado exterior, entre la puerta y el mar, hay una pagoda ó templo: mientras que en su confin al Norte se levantan dos muy historiadas casas de guardas por debajo de la muralla con vista al mar.

Eran las diez de la mañana del día 15 de julio de 1830 cuando saltamos en tierra: desde muy temprano habíamos anclado en tres brazas de agua en el golfo de Leotong, á distancia de unas 100 varas de la gran muralla; el buque en que navegábamos era el vapor inglés *Reynard*: desembarcamos á la derecha del templo de que hicimos mención mas arriba, en una playa arenosa y húmeda, y nos vimos agradablemente sorprendidos por un mandarin que allí estaba con una pequeña porción de soldados, quien contra la costumbre de esa gente nos recibió políticamente, autorizándonos para inspeccionar la muralla á nuestro albedrío: aprovechándonos del permiso, pronto nos subimos por un estrecho plano inclinado á la parte exterior del fuerte, que nos puso sobre una rectangular plataforma de unos 60 pies de estension, embalsada con azulejos.

Sobre dicha plataforma nos llamaron la atención tres losas monumentales de mármol negro, dos de ellas colocadas contra la muralla y otra en el suelo; pero todas curiosamente esculpidas con caracteres chinos. En una de ellas se leía profundamente grabada esta sentencia:

—«El cielo creó tierra y mar.»

En otra, esta:

—«Tan solo una cucharada.»

Nos deshicimos en conjeturas para interpretar el significado de tan rara sentencia, no sabiendo si aludía á las ansas aguas del golfo de Leotong, ó quizá también á la insignificancia de esa maravillosa muralla comparada con las obras del Criador.

Desde la plataforma subimos por una escalera á lo alto del fuerte, atravesamos el cuerpo de guardia (en deplorable estado por cierto), y otro pequeño plano inclinado que ascendimos, nos condujo encima de la muralla, la que vimos por espacio de 800 varas en un estado muy ruinoso. A mas de media milla de distancia del fuerte, la muralla comienza á verse en mejor estado de conservacion, y su anchura es de 59 pies.—La plataforma se halla cultivada, y allí vimos deliciosas plantas y flores de todos los matices. En el costado de la muralla que mira á la Tartaria, hay un edificio bien construido, de granito labrado,

dominado por una fachada de ladrillos; todo el edificio tiene unos 35 pies de elevacion, y en la parte culminante hay un parapeto de ladrillo de 7 pies de altura y 18 pulgadas de espesor, aspillero, y además con unas especies de troneras á intervalos irregulares de 8 á 15 pies de distancia entre sí.

A intervalos de 200 á 300 varas también está flanqueada la muralla del lado tártaro con torreones de ladrillo de 45 pies en cuadro y 52 de altura; examinamos uno cuya puerta es de mucho mérito, de granito, en forma de arco, de 6½ pies de altura, y 3½ de ancho; una escalerilla á la derecha de la puerta conduce al terrado del torreón aparejado también.

Desde ahí se goza de las mas deliciosas vistas campestres en las cercanías de la muralla: la tierra, que parece salir de las aguas, elevase suavemente hasta el pié del último orden de las elevadas montañas á que alcanza la vista en lontananza, y todo el país por la parte chinesca se ve poblado de frondosísimos bosques; si se mira hácia la Tartaria, divisase la gentil campiña, bien cultivada, y con muchos pueblos no muy distantes unos de otros, con sus casas de azoteas.

En este distrito la única puerta que posee la muralla dista tierra adentro una legua del mar, y se llama *Shinhao-kwan*; el mandarin no nos dejó visitarla. Vimos algunos soldados de caballería que se dirigían á galope tendido al fuerte: creímos que fuese con objeto de vernos antes de que nos marchásemos, y no hicimos caso; pero á poco nos alcanzaron tres mandarines; no nos habíamos internado milla y media, y nos intimaron la orden de no proseguir mas adelante, por disposicion del *Tootung* (general) tártaro, que mandaba en *Shanhao-wei*, el cual habia bajado al fuerte: consiguientemente hubimos de descender de encima de la muralla, y por medio de los campos regresar al punto de que habíamos partido, donde encontramos al señor *Too-tung* (general) con un numerosísimo séquito de soldados y mandarines: ya no pudimos continuar nuestras investigaciones, y gracias á que no se le antojó al señor *Too-tung* venir tres horas antes, porque ni aun nos hubiesen permitido desembarcar.

Nos cupo la satisfaccion de ser quizá los primeros europeos que viésemos de tan cerca tan grande trozo de muralla, privilegio de que en muchísimo tiempo probablemente no gozaría otro alguno.

A las tres de la tarde levamos el ancla, y antes de anochecer perdimos de vista la gran muralla de la China.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Valladolid 15 de octubre de 1834.

## LA ELECCION DE UN AMIGO.

Eduardo Salletin tenia diez y nueve años y un buen patrimonio: no le faltaba mas que una posicion, cosa completamente esencial para un jóven, sobre todo en una capital de provincia, en que la vida ociosa nos priva de toda consideracion. Eduardo vino pues á Paris á seguir la carrera de leyes; su objeto era hacerse abogado, y mas tarde aspirar á la magistratura. Entre las muchas cartas de recomendacion que le entregó su tutor, encontró dos para estudiantes del mismo país y de la misma edad que él. Los jóvenes se llamaban Dusmenil y Jollivet; mas precoces que su compañero en sus estudios de colegio, le habian adelantado tres años en Paris.

Se concibe que por una simpatía muy natural se dió prisa á entregar primero que ninguna las cartas dirigidas á Dusmenil y Jollivet. La primera necesidad que experimentamos al encontrarnos en medio de este laberinto físico y moral que se llama Paris, es la de un amigo que nos guie: ¿y qué cosa mas natural que buscarle entre las personas que la conformidad de edad conduce á participar de nuestros pensamientos, nuestros gustos y nuestras inclinaciones?

Eduardo empezó por Dusmenil, que ocupaba en una fonda del arrabal de Saint-Jacques una pequeña habitacion sencillamente amueblada: por todo adorno tenia encima de una mesa ordinaria que estaba arriada á la pared, algunos estantes llenos de libros, y al lado de los estantes una ventana que daba á los jardines. Lo reducido y desmantelado de esta habitacion hicieron una impresion poco grata en el ánimo de Eduardo. En el momento de entrar, el Dusmenil estaba sentado junto á la mesa, de espaldas á la puerta, y completamente absorto por la lectura de un libro que no tenia ni el tamaño ni la forma de una obra fútil. Apenas se levantó para recibir al recién venido que parecia no venir muy á tiempo. Sin embargo, cuando leyó la carta que le iba dirigida, su frente se desarrugó un poco, ofreció un asiento á Eduardo, y él mismo entabló la conversacion.

—Os suplico, mi señor Salletin, que me dispenseis la frialdad con que os he recibido; no sabia quien erais: hay tantos importunos en Paris!

—Soy yo quien tengo que pedirlos me disimuleis por haberos dis-



traído en una lectura que os debe interesar mucho, á juzgar por lo embobado que estáis: ¿es alguna obra nueva sin duda?

—Oh Dios mío! No: es un tratado de la *Posecion y de la Prescripcion* por Bolkie.

—No podia figurarme que semejantes lecturas fueran tan atractivas.

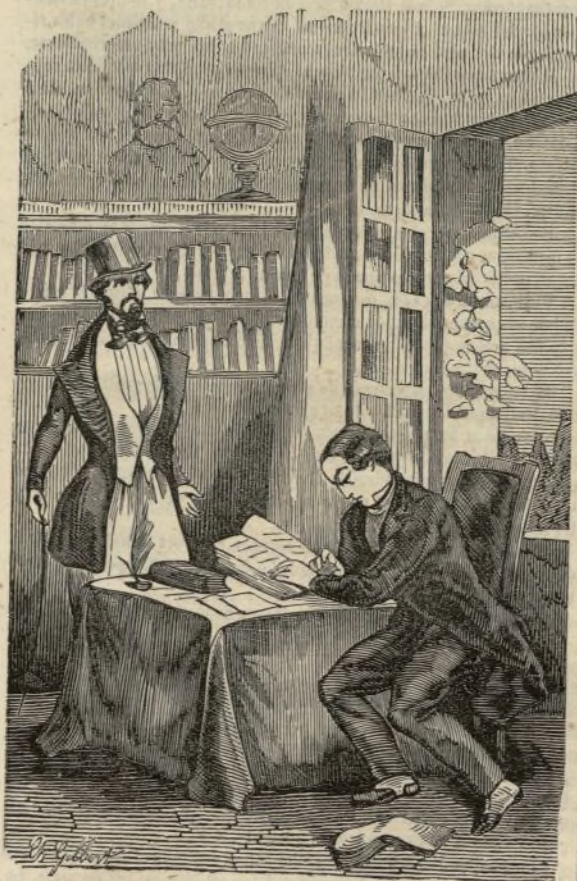
—Qué quereis? No estamos aquí para divertirnos: el tiempo de nuestros estudios es limitado, y sería no cumplir con nuestra obligacion dejar de aprovechar todos los instantes.

—Todos! Sin embargo, es conveniente reservar algunos instantes para divertirse.

—Sin duda: yo tengo costumbre de posearme por la tarde una hora ó dos por el campo cuando el tiempo está bueno; si os conviene, iremos juntos algunas veces, y esto nos servirá de ocasion para comunicarnos el resultado de nuestros trabajos de por la mañana y para distraernos mutuamente.

—¿Supongo que estarán reducidas á este paseo todas vuestras diversiones? Siempre he oido decir que París era una ciudad llena de recursos para estudiar y para divertirse.

—Es verdad; pero es muy difícil servir á dos amos á la vez: necesariamente ha de haber lucha entre los dos; y si es el placer el que



vence, adios todos los ensueños de gloria y de consideracion, adios todas las esperanzas que se han concebido para el porvenir. Os confieso que no me encuentro con fuerzas suficientes para esponerme á semejante tentativa.

—Es imposible que no vayais á algun baile.

—Pues estaría bien! El menor peligro que correria sería tener al día siguiente el espíritu cansado y la cabeza mala, y hé aquí un día perdido para el trabajo.

—Al menos ireis al teatro.

—Precisamente no: solo suelo ir á uno ó dos teatros cuando hay buena funcion y es bien ejecutada, y esto sucede muy pocas veces.

—Debeis moriros de fastidio con semejante vida.

—Me encuentro perfectamente como veis... Pero perdonad; oigo dar las diez y media, la cátedra de legislacion-comparada empieza á las once, y por nada en el mundo consentiria en perder la mas pequeña parte. Me permitireis que os trate sin cumplimientos como á un antiguo amigo, y me alegraré que en todas ocasiones os porteis conmigo del mismo modo.

Los dos jóvenes salieron juntos y se separaron en la puerta de la calle; Dusmenil tomó el camino de la escuela de Derecho; Eduardo subió en el cabrióle en que habia ido, dió orden al cochero que le llevase á la calle de Selder donde vivia Jollivet.

—Qué singular y original es el carácter de Dusmenil! pensaba Eduardo por el camino; otro que no fuera yo alabaria la manera que ha tenido de recibirme; pero yo confieso que no me encuentro con fuerzas suficientes para vivir de ese modo. El estudio ciertamente es una cosa muy bella; pero soy del parecer de los sabios, que dicen que es preciso no abusar aun de las cosas mejores. Por otra parte, no me dejó engañar de ese puritanismo afectado; lo que yo veo mas claro es que no le he convenido, y ha querido deshacerse de una amistad que él creia inoportuna... pero seguramente no echaré de menos su trato; le haré únicamente una ó dos visitas de cumplido en obsequio á los amigos que han creido hacerme un favor recomendándome á él.

El cabrióle se detuvo delante de una casa de bonita apariencia: Eduardo no tuvo que subir mas que al entresuelo, y un criado vestido á la inglesa le introdujo en una bonita aunque pequeña habitacion, adornada con esquisito gusto. Jollivet, negligentemente recostado en un sillón ó voltaire, estaba envuelto en una magnifica bata de cachemira atada á la cintura con un rico cordon; un gorro elegantemente bórdado de oro dejaba ver con profusion los rizos de sus negros cabellos. Estaba fumando cigarrillos españoles, y echaba la ceniza en una copa de cristal colocada á su lado sobre un velador de delicado trabajo.

Jollivet suplicó á Eduardo que se tendiese sin ceremonia sobre otro sillón de color de rosa, y se puso á abrir la carta que acababa de presentarle su compatriota. Apenas hubo recorrido algunas líneas, cuando se levantó y fué á estrechar con efusion la mano de Eduardo.

—Salletin, exclamó, Salletin! Creo á fé mia! que conozco este nombre! Los Salletin y los Jollivet estuvieron siempre unidos por los lazos de una viva amistad; y aun creo recordar que en otro tiempo hubo alguna alianza entre las dos familias. Los Salletin fueron siempre muy apreciados en el pais por su mérito y su fortuna; como último y único vástago de esta familia poseéis toda su fortuna reunida, y vuestro mérito personal creo que sea tanto como el suyo: por esta razon seria muy feliz al veros aceptar mi amistad con la misma cordialidad que os la ofrezco.

Eduardo por toda respuesta se arrojó á los brazos de Jollivet.

—Ah! sin duda, replicó este, aun no habeis elegido una habitacion, y es una de las cosas mas importantes, y os ofrezco mi experiencia en estos casos: así que hayamos encontrado la habitacion, os enviaré mi tapicero; ya vereis con qué gusto y delicadeza hace las cosas. Vuestro traje se resiente un poco como de provincia: os daré mi sastre, y antes de tres dias estareis en disposicion de poderos presentar en todas partes.

—Cuánta fineza!

—Pero aun no me habeis dicho el objeto de vuestro viaje á París.

—Vengo á estudiar derecho para recibirme de abogado.

—Magnifico! Seguimos la misma carrera: estudiaremos juntos; deseo que seamos inseparables.

—Este es mi mas vivo deseo.

—¿Quereis que fijemos desde hoy el modo de emplear el día?

—No encuentro cosa mejor.

—Por la mañana daremos un paseo á caballo por los bosques de Bolonia.

—Adoptado: esto abre el apetito.

—En seguida entraremos á almorzar en el café de París.

—Para entregarnos con fuerza al trabajo.

—Después del almuerzo nos iremos al club.

—¿Y qué es eso?

—Un sitio que frecuenta la mejor sociedad: presentándoos yo sereis perfectamente recibido.

—Decís que vamos al club: ¿y nos quedamos allí?

—Hasta la hora de comer lo mas tarde.

—Sin duda.

—A menos que nos convenga pasar allí la noche, y entonces comemos allí mismo.

—Supongo que los dias que nos convenga ir allí...

—Iremos al café, al teatro: yo os presentaré á los artistas de mas fama; en una palabra, querido amigo, os presentaré en todas partes.

—A fé mia que sois un hombre encantador... Permitidme que os pregunte: ¿qué tiempo nos queda para estudiar?

—¿Qué tiempo? Los intervalos.

—Justo.

—Además que cuando se tiene un mediano despejo...

—Y una buena voluntad.

—¿Qué tiempo se necesita para estudiar?

Los dos amigos quedaron citados para el día siguiente, y quedaron convenidos en no volverse á separar.

—En buena hora, decia Eduardo al volver á su fonda; hé aqui e



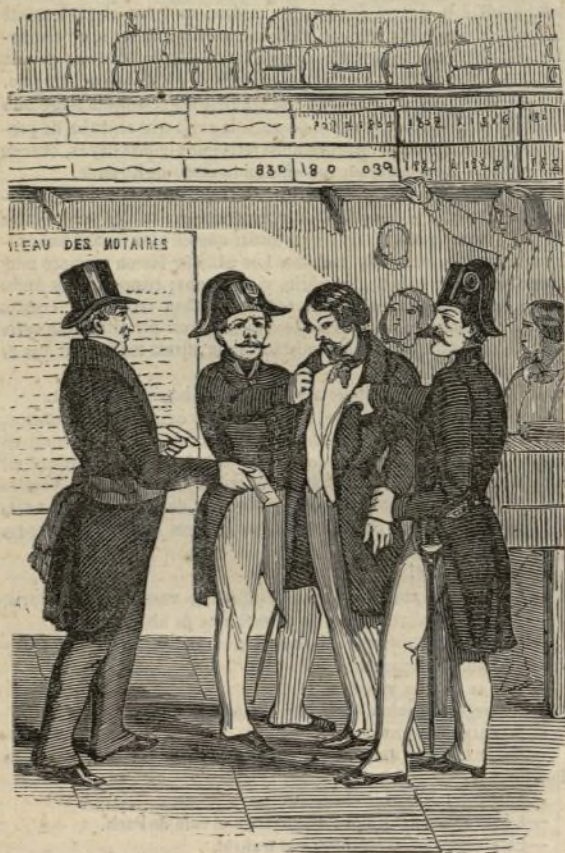
amigo que necesitaba: ¡qué diferencia de este amable y buen Jollivet y el original de Dusmenil!

A los ocho días Eduardo tenía una habitación suntuosa, un criado que le servía de rodillas, un caballo de pura raza inglesa, trajes de un corte extravagante, en fin, estaba á la altura Jollivet.

Entonces empezó para los dos inseparables la existencia cuyo programa se habían trazado.

Dejaremos pasar tres años, al cabo de los cuales volveremos á encontrar á Eduardo muy diferente de lo que era el día de su llegada á París.

Su nombre había adquirido en cierto mundo escéntrico una celebridad tan grande, que las gentes honradas se hubieran retraído de abrirle las puertas de su casa. Se contaba una locura; bastaba que fuese increíble, imposible, para que al momento se le atribuyese: tal era su fama. Sus gastos se parecían á sus locuras: eran excesivos; había destruido todo su patrimonio; y sin embargo, en el momento en que volvemos á tomar el hilo de nuestra historia, no había mudado en nada su género de vida. Se sostenía con ayuda del juego y de los usureros.



Pero los usureros se cansan pronto, y el juego es inconstante; y sucedía que Eduardo se encontraba sin un maravedí; fácilmente se adivina que á Jollivet le sucedía lo mismo: tenía mas años que Eduardo y el mismo patrimonio: la industria era su único recurso; se encargaba de la educación de algun joven rico é inesperto á quien ayudaba á comer su patrimonio, y de educación en educación, lograba mantenerse en una posición bastante buena; la de Eduardo le había valido tres años de locuras y de una existencia deliciosa. Un día que nuestros dos amigos estaban en crisis, Jollivet corrió á casa de Eduardo.

—Querido amigo, nos hemos salvado!

Y le enseñó un billete concebido en estos términos:

«Suplico á M. Duvignon, notario en París, que entregue al dador mil escudos sobre la suma de cincuenta mil francos que tengo depositados en sus manos: la presente orden le servirá de recibo.

VEUVE CAMIADÉ.»

—¿Y quién es esta madama Camiade? preguntó Eduardo.

Una tia mia anciana que vive cien leguas de aquí y de quien yo me había olvidado de un modo culpable! He tenido remordimientos, y la he escrito, y ya ves que la idea ha sido magnífica.

Mil escudos! eran muy poco: Jollivet había contado con tener en e

juego una suerte que no encontró: todas sus puestas fueron desgraciadas. A los ocho días estaban sin un cuarto.

—¿Qué haremos ahora? le dijo Eduardo con un tono desgarrador.

—Aun no se ha muerto mi tia Camiade: toma, ve á cobrar tú mismo esta segunda orden en casa del buen notario Duvignon.

Eduardo admirado cogió la orden y corrió á casa del notario: este le suplicó que esperase algunos instantes en su gabinete, y salió bajo pretexto de ir á buscar los fondos á la caja.

En efecto, M. de Duvignon no tardó en volver, pero acompañado de un comisario de policía y de dos agentes.

Cuál fué la sorpresa de Eduardo cuando se vió detenido y llevado á la cárcel acusado de falsificador!—M. Camiade, á quien M. Duvignon había escrito despues de pagar la primer orden, había contestado que á nadie había dado orden de tocar los fondos que tenía en casa de su notario; era evidente que alguno hubiera suplantado su firma.

Ya tenemos al desgraciado Eduardo encausado y sin esperanza evidencial de su inocencia. Cuando por efecto de las declaraciones que prestó al juez encargado del proceso se acordó prender á Jollivet, ya había desaparecido, y todas las pesquisas fueron infructuosas.

Los cargos mas terribles pesaban sobre Eduardo, y en su descargo solo tenía la simple relacion de lo que había pasado, cuya exactitud no podía confirmar. Solo la Providencia podía salvarle, y lo hizo enviándole por defensor al mismo Dusmenil, cuyos sabios principios había ridiculizado tres años antes, y cuya amistad había rehusado continuar.

Mientras que Eduardo se lanzaba sobre la pendiente que debía conducirle á su ruina, Dusmenil á fuerza de estudio y de trabajo se había grangeado una posición distinguida entre los abogados del colegio de París. Su honradez muy conocida, no era menos considerada que su talento. Todo el mundo sabía que se había propuesto no emplear su elocuencia en defensa de una causa injusta: tenía, como vulgarmente se dice, el oído de la justicia.

Persuadido por el acento de verdad con que Eduardo le demostró su inocencia, consintió con gusto en encargarse de su defensa, y esto era un motivo de prevención favorable al acusado.

Dusmenil le defendió con una elocuencia sublime, y tuvo la felicidad de convencer al jurado como lo estaba él. Eduardo salió libre con solo una amonestacion paternal que le hizo el presidente sobre el peligro de las malas compañías.

El pobre joven, penetrado de arrepentimiento y de gratitud, se arrojó llorando en los brazos de su elocuente defensor.

Aun no lo hemos hecho todo, le dijo Dusmenil; ¿qué vais á hacer ahora sin fortuna y sin posición? Es preciso buscar una y otra; os ofrezco mi casa y mis consejos; olvidad vuestra vida pasada, y buscad un refugio en el trabajo, que es la única fuente de una dicha real y tranquila.

Eduardo aceptó: la amistad del hombre calavera le había puesto á dos dedos del deshonor; la amistad del hombre trabajador hizo de él un ciudadano útil y apreciable.

Eduardo Salletin es hoy una lumbrera de la magistratura.

## MANSION DE LOS EMBAJADORES EN INDIA.

La Barra de Siam no es otra cosa mas que un gran banco de fango, formado por el desagüe del rio, á dos leguas de su desembocadero. Las aguas son tan bajas en este paraje, que en las mas altas mareas nunca se elevan mas de doce á trece piés; lo que es causa de que las grandes naves no puedan ir mas adelante.

Luego que dimos fondo, marché con el señor Le Vacher para ir á anunciar la llegada del embajador á los estados del rey de Siam. La noche nos cogió á la entrada del rio, que es uno de los mas considerables de las Indias, y se llama *Menan*, es decir, madre de las aguas. Habiéndose puesto contraria la marea que es muy alta en este país, nos fué preciso hacer escala. Al abordar vimos tres ó cuatro casitas de cañas cubiertas con hojas de palmera. El señor Le Vacher me dijo que era allí donde habitaba el gobernador de la Barra: bajamos de nuestra canoa, y encontramos en una de aquellas casas tres ó cuatro hombres sentados en el suelo, rumiando como bueyes, sin zapatos, ni medias, ni sombrero, y no teniendo sobre todo el cuerpo mas que una simple tela con que cubrían su desnudez. El resto de la casa estaba tan pobre como ellos, pues no vi en la misma ni sillas ni mueble alguno. Al entrar pregunté dónde estaba el gobernador, y uno de ellos respondió: soy yo.

Esta primera vista rebajó mucho las ideas que me había formado de Siam. Sin embargo, yo tenía mucho apetito, y pedí de comer: aquel buen gobernador me presentó arroz, y preguntándole si tenía otra cosa que darme, me respondió *amay*, que quiere decir *no*.

Así es como fuimos agasajados al tomar tierra. Sobre lo que diré francamente que me he sorprendido mas de una vez de que el abate



de Choisy y el padre Tachard, que hicieron el mismo viaje y vieron las mismas cosas que yo, parecen haberse convenido para dar al público sobre el reino de Siam unas ideas tan brillantes y tan poco conformes á la verdad. Es cierto que no habiendo permanecido allí sino pocos meses, y teniendo el señor Constancio, primer ministro, interés en deslumbrarlos por las razones que diré en su lugar, no vieron en aquel reino mas de lo que habia en él mas propio para imponer; pero al cabo es preciso que hubiesen estado estrañamente preocupados para no haber visto la miseria que se manifiesta en todas partes, de tal modo que salta á los ojos y es imposible no verla. Sea esto dicho de paso, y volvamos á nuestro viaje.

Habiéndose puesto favorable la marea, nos volvimos á embarcar, y seguimos nuestra ruta subiendo rio arriba. Anduvimos por lo menos doce leguas sin ver ni castillo ni poblacion, á escepcion de algunas desgraciadas cabañas como las de la Barra. Para acabar de incomodarnos sobrevino la lluvia. Con todo anduvimos siempre, y llegamos á Banco (1) á las diez de la noche.

El gobernador de esta plaza, turco de nacion, y un poco mejor acomodado que el de la Barra, nos dió una cena bastante mala á la turca, sirviéndonos sorbec por toda bebida: yo me conformé bastante mal con el alimento y la bebida, pero fué preciso tener paciencia. Al otro dia por la mañana el señor Le Vacher tomó un *balon*, que son los botes del país, y se fué á Siam á anunciar la llegada del embajador de Francia á la Barra, y yo volví á entrar en la canoa para regresar á nuestro buque.

Antes de marchar pregunté al gobernador si por dinero no se podrían tener verduras, fruta y algunos otros bastimentos frescos para llevar á bordo, y me respondió *amay*. Como los nuestros esperaban mis noticias con impaciencia, desde lo mas lejos que se me vió venir me preguntaron gritando si yo llevaba conmigo algunas provisiones para la tripulacion, y yo respondí *amay*. Solo traigo, añadí, picadas de mosquitos que nos han perseguido durante todo nuestro camino.

Estuvimos cinco ó seis dias fondeados sin que nadie pareciese: al cabo de este tiempo vimos llegar á bordo dos enviados del rey de Siam con el señor de Lano, vicario apostólico y obispo de Merallópolis, y el señor de Lionne. Los enviados cumplieron al señor embajador de parte del rey y del señor Constancio. Poco después empezaron á venir los bastimentos frescos, primero en pequeña cantidad, pero después muy abundantemente; de modo que las tripulaciones no carecieron de gallinas, patos, terneros y toda suerte de frutas de las Indias; pero recibimos muy pocos vegetales.

La corte estuvo quince dias para preparar la entrada del embajador, la que se arregló del modo siguiente: Se hizo construir sobre la orilla del rio, de distancia en distancia, algunas casas de cañas, forradas de grandes telas pintadas. Como los buques del rey no podian subir rio arriba, por no dar la Barra bastante agua para pasar, se prepararon barcos de transporte.

La primera entrada en el rio fué sin ceremonia, á escepcion de algunos mandarines que habian venido á recibir á S. E., y tenían orden de acompañarle. Quince dias estuvimos para llegar desde la Barra á la ciudad de India ó Odia, capital del reino.

No puedo dejar de notar aun aquí una equivocacion de nuestros forjadores de relaciones, quienes hablan á cada instante de una pretendida ciudad de Siam que llaman la capital del reino, que dicen no ser mucho menos grande que Paris, y que embellecen como les da la gana. Lo que hay de muy cierto es que esta ciudad nunca ha existido mas que en su imaginacion; que el reino de Siam no ha tenido otra capital sino Odia ó India, y que esta apenas puede compararse en grandor con los pueblos de cuarto ó quinto orden que tenemos en Francia.

Las casas de cañas que se habian construido en el camino eran movibles, y así se las desmontaba luego que el embajador y su comitiva salian de ellas; las del lugar en que se comia servian para la comida del otro dia, y las en que se dormia servian para la noche siguiente. En este movimiento continuo llegamos cerca de la capital, donde hallamos una gran casa de cañas que ya no fué movable, y donde fué alojado el embajador hasta el dia de la audiencia. Entre tanto fué visitado por todos los mandarines del reino. Fué tambien el señor Constancio, pero de incógnito, respecto de su dignidad y del puesto que tenia en el reino, siendo su dueño absoluto.

Se trató desde luego del ceremonial, y hubo grandes contestaciones sobre la manera con que se remitiria la carta del rey de Francia al de Siam. El señor embajador queria ponerla en su propia mano; mas esta pretension chocaba abiertamente con los usos de los reyes de Siam, porque como ellos hacen consistir su principal grandeza y la señal de su soberano poder en estar siempre elevados muy encima de

los que aparecen delante de ellos, y por esta razon nunca dan audiencia á los embajadores mas que por una ventana muy alta que dá á la sala en que los reciben, habria sido preciso para llegar á la mano del rey levantar un estrado de muchos escalones, lo que nunca quiso concederse. Esta dificultad nos detuvo muchos dias. En fin, después de muchas idas y venidas, en que yo fui empleado con frecuencia en calidad de mayor, se convino en que el dia de la audiencia la carta del rey seria puesta en una copa de oro que tendria un mango del mismo metal de cerca de tres pies y medio colocado debajo, y por medio del cual el embajador podria levantarla hasta la ventana del rey.

El dia de la audiencia todos los grandes mandarines en sus *balones*, precedidos por los del rey y del estado, fueron á la casa del embajador. Los *balones*, como ya lo he dicho, son unos barquitos de que comunmente se sirven en el reino. De ellos hay un número prodigioso, sin los que no se podria andar, estando todo el país inundado seis meses del año, tanto por la situacion de las tierras que son estremadamente bajas, como por las lluvias casi continuas en cierta estacion.

Estos *balones* son formados de un solo tronco de árbol ahuecado, habiendo algunos tan pequeños que apenas puede entrar en ellos el que los conduce. Los mayores no tienen mas de cuatro á cinco pies en su mayor anchura; pero son muy largos, de modo que no es estraordinario encontrar algunos que tienen mas de 80 remeros, aun habiéndolos que tienen hasta 120. Los remos de que se sirven son como una especie de pala, de la anchura de seis pulgadas por la parte baja que va redondeándose, y largas de un poco mas de tres pies. Los remeros estan adiestrados á seguir la voz de un guia que los conduce, y á quien obedecen con una destreza maravillosa. Entre estos *balones* los hay soberbios; representan por la mayor parte figuras de dragones ó de algun monstruo marino, y los del rey son enteramente dorados.

En la multitud de los que habian ido cerca de la habitacion del embajador, pocos habia que no fuesen magníficos. Habiendo los mandarines echado pié á tierra y saludado á S. E., nos embarcamos en el orden siguiente: la carta del rey fué puesta en un *balon* sobre un trono muy elevado; el señor embajador, el abate de Choisy y su comitiva se colocaron, ó en los *balones* del rey ó en los del estado, los mandarines en los suyos, y con orden partimos al ruido de las trompetas y tambores: los dos lados del rio hasta el lugar en que habiamos de desembarcar estaban poblados de infinita gente que habia atraído la novedad del espectáculo, y que se postraba en tierra, á medida que veia aparecer el *balon* que llevaba la carta del rey.

Esta marcha fué continuada hasta cierta distancia del palacio, donde habiendo bajado el embajador encontró una manera de estrado portátil, adornado con un terciopelo carmesi, sobre el cual se levantaba un sillón dorado: habia tambien otros dos estrados menos adornados, uno para el abate de Choisy, y el último para el vicario apostólico: todos tres fueron llevados en este estado hasta el palacio, adonde los acompañaba toda la comitiva á caballo.

Entramos primeramente en un patio muy espacioso, en que habia un gran número de elefantes, ordenados en dos lineas que atravesamos. Allí se veia el elefante blanco tan respetado entre los siameses, separado de los otros por distincion. De este patio entramos en otro, donde estaban 500 á 600 hombres sentados en el suelo, como los que vimos en la Barra, teniendo los brazos pintados de listas azules; estos son los verdugos y al mismo tiempo la guardia del rey de Siam. Después de haber pasado otros muchos patios, llegamos á la sala de la audiencia, que es un cuadrilongo al que se sube por siete ó ocho escalones.

El señor embajador fué colocado en un sillón, teniendo por el mango la copa en que estaba la carta del rey; el abate de Choisy estaba á su lado derecho, pero mas bajo, en un taburete, y el vicario apostólico del otro lado en el suelo sobre una alfombra puesta espresamente, y mas aseada que la gran alfombra de que estaba cubierto todo el pavimento. Toda la comitiva estaba tambien sentada en el suelo, teniendo las piernas cruzadas. Se nos habia encargado sobre todo que tuviésemos cuidado de que no apareciesen nuestros pies, no habiendo en Siam una falta de respeto mas considerable que el mostrarlos. El embajador, el abate de Choisy y el señor de Merallópolis estaban de cara al trono, colocados en una misma linea, y todos nosotros estábamos detrás de ellos en la misma fila. A la izquierda estaban los grandes mandarines, teniendo á su lado á los mas calificados, y así sucesivamente de dignidades en dignidades hasta la puerta de la sala.

Cuando todo estuvo dispuesto, un gran tambor sonó un golpe: á esta señal los mandarines, que no tenian por todo vestido mas que un lienzo que les cubria desde la cintura hasta medio muslo, una especie de almilla de muselina y una canasta sobre la cabeza de un pié de largo, terminada en pirámide y cubierta con una muselina, se echaron todos, y permanecieron en tierra apoyados sobre las rodillas y los codos. La postura de estos mandarines con sus canastas en el culo el uno del otro hizo reir á los franceses; el tambor que habiamos oido

(1) Bancok, la capital actual del reino de Siam. En la época del viaje del caballero de Forbin, la capital era India, impropriadamente llamada Siam en algunas relaciones.



primero sonó aun muchos golpes, dejando cierto intervalo de uno á otro, y al sexto el rey abrió y apareció á la ventana.

Llevaba en la cabeza un sombrero puntiagudo, tal como se llevaban antiguamente en Francia, pero cuyo borde no tenía mucho mas de una pulgada de ancho, y este sombrero estaba atado bajo la barba con un cordón de seda. Su vestido era á lo persa de una ropa de color de fuego y oro. Llevaba ceñida una rica banda, en la que estaba pasado un puñal, y tenía un gran número de sortijas de precio en muchos de sus dedos. Este príncipe tenía la edad de cerca de cincuenta años, muy flaco, de pequeña estatura, sin barba, teniendo en el lado izquierdo de la quijada una gran berruga, de la que salían dos largos pelos que parecían crines. El señor de Chaumont, después de haberle saludado con una profunda inclinación, pronunció su arenga sentado y con la cabeza cubierta. El señor Constancio sirvió de intérprete, después de lo que el embajador, habiéndose acercado á la ventana, presentó la carta á este buen rey, que para tomarla se vió precisado á inclinarse mucho y salir de su ventana hasta medio cuerpo, ora el embajador lo hiciese adrede, ora el mango de la salvilla no fuese bastante largo.

Su majestad siamesa hizo algunas preguntas al embajador; le preguntó sobre la salud del rey y de la familia real, y se informó de algunas otras particularidades concernientes al reino de Francia. En seguida sonó el gran tambor, el rey cerró su ventana, y los mandarines se levantaron.

Concluida la audiencia, volvió á emprenderse la marcha, y el embajador fué conducido á la casa que le estaba preparada. Era de ladrillo, bastante pequeña, mal construida, siendo sin embargo la mas hermosa que había en la ciudad, porque no debe pensarse en hallar en el reino de Siam palacios que correspondan á la magnificencia de los nuestros. El del rey es muy vasto, pero mal construido, sin proporción y sin gusto; todo el resto de la ciudad, que es muy desaseada, solo tiene casas, ó de madera, ó de cañas, á escepcion de una sola calle de cerca de doscientas casas, bastante pequeñas y de un solo alto. Son los moros y los chinos los que la habitan: en cuanto á las pagodas ó templos de los idolos, son contruidos de ladrillo, y se parecen á nuestras iglesias. Las casas de los talapuinós, que son los sacerdotes del país, solo son de madera no mas que las otras.

Además de la audiencia pública, el embajador tuvo todavía muchas conversaciones con el rey. Es una cosa molesta el ceremonial de aquel país, no habiendo nunca entrevista particular antes de la que no hubiese mil cosas que arreglar sobre este objeto. En calidad de mayor, estaba yo encargado de ir y venir y llevar todas las palabras. En todo este manejo que estuve obligado á hacer, y de que el rey fué testigo mas de una vez, tuve no sé si debo decir la dicha ó la desdicha de agradarle; sea lo que fuese de esto, el rey deseó retenerme cerca de él, y habló al señor Constancio.

Este ministro que tenía sus miras, y por razones que diré en su lugar, no deseaba verme regresar á Francia, á lo menos tan pronto; se alegró mucho de las disposiciones del rey, y se aprovechó de la ocasión que se le ofrecía como por sí misma. Hizo entender á S. M. que además de los servicios que yo podía prestarle en sus estados, era conveniente que queriendo enviar embajadores á Francia (pues ya estaban nombrados, y todo se hallaba pronto para la partida), alguno de la comitiva del embajador quedase en el reino, como en rehen, para responderle del comportamiento que la corte de Francia tendría con los embajadores de Siam.

Por estas razones buenas ó malas el rey se determinó á no dejarme partir, y el señor Constancio tuvo orden de esplicar al señor de Chaumont las intenciones de S. M. El señor Chaumont respondió al ministro que él no era dueño de mi destino, y que no le tocaba disponer de un oficial del rey, sobre todo cuando era de un nacimiento y calidad tan distinguida como la del caballero de Forbin. Estas dificultades no hicieron desistir al señor Constancio; volvió á la carga, y después de muchas razones dichas y repetidas por una y otra parte, declaró al embajador que el rey quería absolutamente retenerme en rehen cerca de él.

Este discurso asombró al señor Chaumont, que no viendo ya medio para mi partida, acordó con el señor Constancio y el abate de Choisy que entraba en todas sus conversaciones particulares, los medios de hacerme consentir á las intenciones del rey. El abate de Choisy fué encargado de hacerme la proposición, pero yo no estaba dispuesto en manera alguna á admitirla. Le respondí que dejando aparte el disgusto que tendría de quedar en un país tan remoto, y cuyos estilos eran tan opuestos al carácter de mi nación, no había apariencia de que yo sacrificase los principios de fortuna que tenía en Francia, y la esperanza de elevarme á alguna cosa demás, para quedarme en Siam, donde los mayores establecimientos no valían lo poco que yo tenía ya.

(Continuará.)

## ESPERANZA.

NOVELA ORIGINAL

POR PABLO GAMBARA.

(Continuación.)

Acudieron los criados y los separaron, llevándose á Julian á la cárcel. D. Pedro se llevó á su esposa, y desde entonces vivió con ella en un divorcio coconvencional, ocupando los dos una misma casa, pero distintas habitaciones, de modo que ha corrido el círculo de un año sin que se hayan visto ni oído.

Esta es la escena de que hombres como D. Martin se han valido para calumniarme. V. conocerá, con poco que medite, que lo que en ella pasó es un misterio para los que no estaban presentes, y que la relación circunstanciada que de ella ha hecho D. Martin no puede ser á lo sumo sino una conjetura. Dígame Vd. si es digno de un caballero el desacreditarme así dando por segura una hipótesis que en ninguna prueba se apoya. Por el contrario, yo tengo una prueba de mi inocencia. Un hecho reciente que acaba de salir en los periódicos. Lea V.

Al decir esto, Catalina presentó á Eugenio un periódico y le señaló un párrafo que decía así:

Ayer por la noche fué asesinado en la calle de... D. Pedro de Vargas. Como su muerte ha coincidido con la desaparición de su esposa y la fuga de la cárcel de un tal Julian Casthelo que estaba preso por haber atentado á su vida en otra ocasión, se les atribuye su muerte. Esperamos tener mas noticias para ponerlas en conocimiento de nuestros lectores.

—Ahora veo claro! exclamó Eugenio acabando de leer este párrafo. —Aquí puede Vd. aprender, le dijo Catalina, lo que son los juicios del mundo. ¿Que delito he cometido yo para que así se mancille mi honra?

—¿No dijo Vd. que D. Martin la ha requerido de amor?

—Overtamente; mas le he contestado siempre con el mas frío desden, ya porque en mi situación me es imposible amar á nadie, ya tambien porque es una persona que me repugna.

—Y á mi tambien!

—¿No es cierto que es antipático? Su mirada es traidora, su vista me inspira asco y miedo como la de una víbora.

—Es un infame! dijo Eugenio, qué se hallaba en una de esas situaciones en que se toman prestados todos los sentimientos que nos quieren dar.

—Y sin embargo, vea Vd. lo que es el mundo, Eugenio: ese hombre será creído, y yo no lo sería aunque intentara defenderme. Ese hombre levantará la frente para calumniarme, y no habrá uno solo entre los que le escuchen, que se atreva á escupirle al rostro y decirle que miente.

—Yo lo haré.

—¿Usted?

—Yo.

—No, no, Eugenio, sería una locura.

—Es mi deber.

—Sería hacerme aun mas daño. Diría que yo habia seducido á Vd. para que le desafiase.

—¿Y he de consentir que un hombre sin honor mancille así la reputación de una mujer virtuosa?

—¿Y qué hacer? Además, yo espero dejar pronto á Portugal, y antes puede ser que tenga venganza.

—¿Cómo?

—Sí; yo misma me batiera con D. Martin.

—¿Usted!

—Yo. En otro tiempo mi padre por diversion me enseñó á jugar las armas. Llamábame su *amazona*, y me adulaba diciéndome que tenía el brazo y el corazón de hierro...

Estas palabras dichas por otra mujer ó en otra ocasión hubieran hecho sonreír á Eugenio; pero Catalina no era una mujer vulgar. Su aspecto era el de la fuerza, y su mirada infundía miedo. Recordábase á Medea al verla irritada, y como todas las buenas actrices, sabia valerse de sus fuerzas para dar vida y verdad á los peores papeles. Además, Eugenio no se hallaba en estado de reflexionar: sus nervios se habian excitado, y en esta situación los hombres nerviosos no piensan, sino que deliran. No encontró pues nada de ridiculo en la idea de Catalina, y solo creyó que su deber era adelantarse á ella.

—Señora, le dijo, eso sería una locura.

—Pues ya está hecha, respondió Catalina conociendo el efecto de sus palabras. Le he enviado una carta, y me esperará á las dos á la orilla del Tago.

—¿Y querrá batirse con Vd.?



—No sabe quien le desafia. Solo he puesto en la carta que un caballero á quien ha ofendido le espera en aquel sitio.

—¿Esta noche á las dos?

—Esta noche á las dos. Si muero, Vd. sabrá decir que he sido calumniado, y será creído, porque al mundo le cuesta poco trabajo creer en la virtud de los muertos... Pero se ha quedado Vd. pensativa!

—No es nada.

Aun le detuvo una hora mas, logrando tanto con sus palabras como con el lenguaje de su rostro que se aumentase la fiebre que le devoraba. Astuta sirena, habia comprendido al primer golpe de vista todas las partes débiles de Eugenio, y le manejaba como queria. Por fin, le dejó marchar segura de conseguir lo que deseaba, y desde su ventana le vió encaminarse hacia el Tajo.

El joven embozado en su capa iba diciendo para sí: Es un infame, y le mataré.

Si Esperanza hubiera visto el calor con que Eugenio tomaba la defensa de Matilde, hubiera derramado lágrimas temblando por sus amores.

En el lugar indicado encontró á D. Martin con dos floretes bajo la capa.

—¡Ah! dijo al verle, ¿es con Vd. con quien tengo que batirme?

—Sí, respondió seriamente Eugenio, y nos batiremos á muerte.

—¿Viene Vd. de casa de Matilde?

—¿Qué le importa á Vd.? Acabemos.

—Con calma, dijo D. Martin... Todo se andará si es necesario; pero antes le suplico á Vd. que reflexione...

—Todo está ya reflexionado, exclamó impetuosamente Eugenio apoderándose de uno de los floretes. En guardia, infame impostor, y prepárate á pagar con sangre tu maledicencia.

—Sea pues, dijo Martin con tranquilidad poniéndose en guardia. Ambos enemigos comenzaron el combate. El lugar en que estaban era una plazoleta natural cercada de altos árboles, é iluminada por la luna que brillaba en un cielo sin nubes; de modo que los con batientes tiraban sin que las sombras de la noche se lo impidiesen. Eugenio no conocia el manejo del florete, y tiraba con tal ceguedad, que Martin hubiera podido dejarle clavado desde el principio; pero no queria verter la sangre de aquel joven, y se defendia esperando una ocasion oportuna para desarmarle. Esto le perdió; porque en el momento en que adelantando el paso iba á lanzarse sobre su rival, este le asestó una estocada que pasó rozando por su pecho y se clavó en el hombro.

Martin cayó al suelo murmurando: Bien sabía yo que la piedad habia de costarme cara! En este mundo no hay un sentimiento bueno que no se pague. En este momento un hombre se lanzó de entre los árboles, y arrojando la capa y el sombrero se precipitó hacia el herido exclamando: ¡Eugenio! ¡Eugenio muerto por causa mia!

—¡Matilde! exclamó Eugenio que reconoció la voz. ¡Vd. aquí!

—¡Ah! exclamó Matilde lanzándose á él y estrechándole entre sus brazos, creí que no te volveria á ver mas.

Eugenio sintió mojado el rostro con su llanto. Matilde se separó de él y pareció avergonzada de lo que acababa de hacer.

—¡Ah! dijo con encantadora turbacion, debo de parecer á Vd. una loca.

—¡Matilde! dijo el joven ya delirante, trasportado al país de los sueños por la voz de aquella mujer que le habia descubierto un mundo entero de goces ignorados en una sola caricia. Matilde... yo te amo...

Matilde hizo como que no le oia, y dirigiéndose á dos criados que habian aparecido detrás de ella, les dijo: Mirad si ese hombre está vivo; y si lo está conducidle á casa de mi médico Solis.

Los criados la obedecieron. La herida de Martin á pesar de ser de florete no ofrecia gravedad, pues habia llevado direccion, y los criados le hicieron por sí mismos el primer vendaje; después de lo cual le condujeron al coche que de Matilde estaba á poca distancia.

Matilde y Eugenio volvieron á la ciudad á pié.

## XI.

D. Martin descansaba en un blando lecho cubierto con una colcha de damasco carmesí. La alcoba en que reposaba estaba alumbada por la opaca luz de una lámpara. El médico Solis, después de haber reconocido la herida y dictado el régimen conveniente, se despedia en el momento en que se presentó Matilde.

—¿Cómo está? preguntó.

—No presenta señales de peligro, respondió el médico, y despidiéndose poco después salió de la habitacion, dejando solos á D. Martin y Matilde. Esta se acercó al lecho del enfermo y se sentó á su cabecera.

—Seguramente, le dijo, que no esperaba Vd. mi visita.

—Al contrario, respondió Martin, sabia que no dejaria Vd. de venir para descubrir el motivo de mis murmuraciones.

—Ha acertado Vd. Yo no creo en el mal que se hace sin objeto, y por consiguiente deseo saber qué objeto llevaba Vd. al hacerme daño.

—La murmuracion es acaso el único mal que se hace sin objeto. Murmuré de Vd. por pasar el rato.

—No puedo creerlo.

—Hace Vd. mal. ¿Me ha oido Vd. hablar otras veces?

—No.

—Pues si me hubiera Vd. oido, sabria que tengo

siempre el insulto en los ojos  
y en los labios la ironia

como D. Felix de Montemar. Que mi único placer es mostrar las cosas por el lado feo, y que si volviéramos á los tiempos mitológicos, Momo me cederia su puesto en el Olimpo. No soy el único que sigue este camino, ni mi lengua es la única lengua viperina del mundo; pues muchos otros hacen lo mismo por vanidad; en cuanto á mí, desprecio demasiado á los demás para ser vanidoso, y así no es por lucirme por lo que murmuro.

—¿Pues por qué?

—Por... por caridad. En el siglo pasado, un buen abate francés, que se llamaba Bellegarde si no me equivoco, escribió un curioso *arte de conocer á los hombres*, con el cual se ha amamantado mi inteligencia. Este libro prueba que todas las acciones del hombre tienen un origen malo; que las virtudes mas ensalzadas ocultan bajo su manto de púrpura los asquerosos pies de la cabra, como las hermosas damas que retrata Teniers en las tentaciones, y después de haber probado su lanza de oro con todas las ilusiones como Bradamanta contra todos los genios maléficos, asegura en un prólogo bastante bien escrito que la caridad le ha impulsado á acometer tamaña empresa. Yo hago lo mismo que él, ó mejor dicho, mi vida es su libro en accion: ¿por qué no me ha de impulsar el mismo móvil?

—No comprendo á Vd.

—Eso les pasa á muchos. Soy para la generalidad una especie de sombra de Junius que segun dice Byron en su linda *vision del Juicio*, cambiaba á cada instante de fisonomia haciendo discurrir al mismo diablo. Acaso consistirá en que se quiera encontrar en mí lo que no hay, como allí queria hallarse un hombre donde no habia mas que una sombra. Pero dejemos esto, porque el hablar de mi propio me fastidia mas que la lectura de una novela de Arlincourt. Hablemos de Vd., que es hablar de un hermoso asunto. Soy muy curioso, y aquí no nos oye nadie segun creo. Tendrá Vd. la bondad de decirme: ¿qué medios ha empleado para seducir tan pronto á ese joven, tan bello como el Apolo de Velvedere, pero que segun he visto, no encierra en su cráneo mas seso que la famosa estatua?

—Yo no le he seducido.

—¿Pues cómo ha ido á batirse?

—Indignado del proceder de Vd...

—¿Y quién ha encendido el fuego de su indignacion? No trate usted de ocultarme nada, porque es inútil. Leo en el corazón de Vd. como en un libro abierto. ¿Qué diria Vd. si yo le dijera ahora lo que piensa acerca de ese joven?

—¡Imposible!

—Oigalo Vd., y dígame si me equivoco. Vd. sabe que llega una edad triste para todas las mujeres, pero mas aun para las que viven de la hermosura de su rostro, la edad en que todas saben como Anita de Lenelos descubrir una falta en la obra de Dios que ha puesto las arrugas en la frente y no en los talones. A esta edad, la mujer de orgia está cansada de orgias, los licores han perdido el poder de turbar su razon, su paladar acorchado no percibe su sabor, y su voz enronquecida no puede ya entonar los himnos del placer al compás de los vasos y botellas. Todos los placeres han perdido su principal encanto, la novedad, y se asiste á la representacion de la vida como á la de una comedia que se sabe de memoria. Todos los deseos se reducen entonces á uno, al de la paz de la familia, al del amor virtuoso y tranquilo, porque esto es lo único que se ignora, y la mujer como el hombre reconoce las desventajas del celibato que le deja solo en medio de los hombres sin que nadie se interese por él, sin que nadie lllore su muerte. Vd. tiene necesidad de un afecto no manchado con las impurezas del pecado, y daria por comprarle su misma fortuna; pero el afecto no se compra, y conoce Vd. sobrado el mundo para dejarse engañar por la hipócrita avaricia de un joven de alma gastada. Para obtener este afecto, esta *estimacion* que es la verdadera palabra, tiene Vd. que conquistarla, y es esto lo que se ha propuesto.

Matilde se mordió los labios oyendo á D. Martin.—Es preciso que sea Vd. el demonio, exclamó.

—No, soy solamente un hombre, que cansado del mundo donde ha perdido todos los tesoros de su alma, se ha colocado en un rincón del inmenso escenario para ver como simple espectador la comedia humana. Paseo por el fondo mientras los demás se divierten en la orgia, como *Bertran* en el primer acto de *Roberto el Diabolo*. Soy la sombra del cuadro, no sé si el espíritu maligno; pero lo cierto es que llevo un infierno en el corazón.



Al pronunciar estas palabras el rostro de Martín no estaba contraindo por la eterna sonrisa sardónica que tanto repugnaba en él; su voz no tenía el sonido agudo y penetrante que se clavaba en el corazón como un agudo puñal; su rostro se cubrió de tristeza, y parecía que se había olvidado de Matilde.

Esta no dejó pasar desapercibida tal mudanza, y con su insinuante voz le dijo:

—Usted ha padecido mucho?

—Mucho! murmuró Martín: si mi historia se pudiese escribir, si hubiera un corazón capaz de comprenderla después de escrita, arrancaría lágrimas de piedad.

—Lo mismo es la mía, ó quizá mas terrible; yo en cierto tiempo era buena y pura; hoy no quiero pensar en mí porque me causo rubor. ¿Será cierto que cada hombre guarda en el corazón una herida profunda? ¿que la primera página del libro del alma está reservada al dolor?

—Algunas veces.

—Entre los desgraciados la simpatía es muy viva, sobre todo para los que son sus hermanos en los padecimientos. Vd. dice que ha padecido mucho, y según he visto tiene Vd. odio á las mujeres. ¿Seré indiscreta si pregunto si ha sido una mujer la causa de sus pesares?

—Nunca hay indiscreción en hacerme una pregunta; pues si no quiero no doy la respuesta, dijo Martín recobrando su aire mofador: ¿cree Vd., señora, que no tengo mas que hacer que contar mi historia?

Matilde dejó escapar un rugido como el de la leona á quien arrancan la presa de los dientes.

—No se canse Vd., prosiguió D. Martín, yo no profeso á Vd. mas odio que á otra persona cualquiera, y no soy capaz de profesar á usted ni á nadie el menor afecto: así es que sería inútil querer escamotearme la amistad. Estoy convencido de que la vida es un sueño, y creo hace años que yo solo existo en el mundo; que fuera de mí no hay nada ni en el mundo mismo; que soy un espíritu, y que todo lo que veo y lo que oigo no son mas que ilusiones de mi imaginación.

(Concluirá)

## ALBORES DEL GENIO.

Cual en mañana de invierno  
rasga las nubes el sol,  
y sus narices enseña  
á este mundo pecador,

Así cuando nace un *genio*  
ya manifiesta precoz  
las chispas deslumbradoras  
de la sacra inspiración.

¿Veis panza arriba en la cuna  
aquel infante lloron  
que patatea y da gritos  
y abre una boca atroz?

Pues ese ha de ser muy pronto  
un Rubini, un ruiseñor;  
bien se conoce en sus gestos  
y en la fuerza de su voz.

¿Veis aquel otro muchacho,  
verdadero *sans culott*,  
que bosqueja en las esquinas  
monigotes con carbon?

Guardadlos entre cristales;  
que si hoy no tienen valor,  
serán de fijo algun día  
de artistas admiración.

Así empezó Miguel Angel,  
y Ribera así empezó;  
y ese chico en la cabeza  
tiene cosas de pintor.

Aquel que tira el Hornero  
y Araujo y Ciceron,  
y está libre de castigos  
de ocho dias uno ó dos;

Que aprende versos y coplas,  
pero nunca la lección,  
y es inquieto y pendenciero  
con puntas de jugador,

Ese es poeta: en su cráneo  
bullé un Parnaso español:  
tiemble, si suelta el torrente,  
toda prensa y todo actor.

Aquel, que haciendo novillos  
un día si y otro no,  
se va al Prado á echar fragatas  
en las aguas de un pilon,

Y aquellos que andan en filas  
al redoble del tambor  
con garrotes por fusiles  
y papeles por chacós,

Esos harán, y bien pronto,  
que temido y vencedor  
tremole en mares y tierras  
el ibero pabellon.

Ese que coge la cera  
de la luz que se corrió,  
y la convierte en monitos  
de bien modesto primor,

Y el otro que con guijarros  
cuatro casas fabricó  
de sencilla arquitectura  
y pequeña elevación,

Son nuevos Fidias y Herreras.  
¡qué arquitecto! ¡qué escultor!  
darán al mundo palacios  
y al mármol animación.

Ese muchacho que corre  
calles y calles veloz  
con un tremendo legajo  
que le trueca en facistol,

Y aquel que trinchó los restos  
del pobrete que murió,  
y pasa el día á su lado  
sin perdonarle un rincón,

Esos de la artista fama  
dejarán ronco el fagot.  
¡Qué récipes! ¡qué visitas!  
¡qué protocolos! ¡qué horror!

Así el hombre se remonta  
á una altísima region  
sobre las alas del *genio*  
que en la cuna le mecía.

Solo á veces por desgracia  
antes de estar en sazón,  
ó se convierte en pollino  
ó hácia si le llama Dios.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

## JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.